

# EL PEZ PRESUMIDO

**H**abía una vez una lubina que se llamaba Marisa, y que era muy presumida. Vivía con sus padres en el mar, en un hermoso arrecife de coral.

Ella nunca iba a la escuela, creía que era perfecta y que no necesita aprender, porque ya lo sabía todo.

- Marisa, tienes que ir a la escuela para aprender – dijo el mero, que era un pez muy aplicado y estudiaba con mucho esmero.
- En la escuela aprendemos a buscar comida, a construir un hogar y a escapar de los peligros del mar – dijo la sardina, que era muy fina. Algunas veces confundimos las redes de los barcos con algas, y puede ser muy peligroso.
- Además en el recreo nos lo pasamos genial jugando al “volei-alga” - dijo muy cantarín el calamar entusiasmado.

Pero no lograban convencerla

- ¡Bah! ¡Menuda tontería! Si yo ya sé todo eso, ir a la escuela es un aburrimiento – exclamó mientras se marchaba.

A Marisa, le encantaba pasar el tiempo colgándose trocitos de coral en las aletas, se pintaba los labios con jugo de algas y se coloreaba los mofletes con polvos de perla de una ostra de mar.

Sus padres también estaban muy preocupados, pues decían que era demasiado presumida y que debería emplear el tiempo en la escuela y no mirándose el reflejo en una burbuja de aire todo el tiempo.

El profesor de algas, D. Rodaballo, estaba muy enfadado, pues Marisa no iba casi nunca a clase. Y cuando mandaban tarea, ella no la hacía.

- Así no hay manera de que aprenda nada – decía – un día vamos a tener un disgusto.

Un día de verano, iba Marisa, por una pradera de medusas en la que no había estado nunca. Estaba encantada con el brillo de cada medusa. Pero cada vez que veía una decía:

- Yo brillo todavía más.

De repente vio algo a lo lejos que llamó su atención. Según se iba acercando vio que era algo muy brillante y de bonitos colores.

- Eso me vendría genial, pega con mi tono de escamas, me podría hacer un bonito collar. Voy a cogerlo – dijo mientras abría la boca para cogerlo.

Nada más agarrarlo, algo tiró hacia arriba con mucha fuerza, y Marisa se asustó, pero no podía soltarse, pues un gancho se había clavado en su boca y la estaba haciendo mucho daño.

Sus amigos, que pasaban por allí, la vieron y le gritaron:

- ¡Suéltalo! ¡Suéltalo! Es el anzuelo de un pescador...

Y todos a la vez, se agarraron de su cola y tiraron con todas sus fuerzas.

Después de tirar un buen rato, consiguieron liberarla del anzuelo. Se había



hecho una gran herida en la boca, pero seguramente con el tiempo se curaría.

Desde aquel día, Marisa, que había aprendido la lección, dejó de ser tan presumida, y empezó a ir a la escuela.



Lucía Moraleja.